

EL RECTORADO 1933-1934.
Hechos y Reflexiones¹

Martin Heidegger (1945)

En el mes de abril de 1933 el plenario de la universidad me eligió rector, por unanimidad. Mi predecesor en el cargo, von Möllendorff, había tenido que limitir bajo presión del ministro luego de un corto período de actividad. El mismo von Möllendorff, con quien había conversado a menudo y detalladamente sobre su sucesión, deseaba que yo me hiciera cargo del rectorado. Asimismo, el anterior Rector, Sauer, había intentado convencerme de aceptar el cargo en interés de la universidad. La misma mañana de la votación yo seguía vacilando y quería retirar mi candidatura. No tenía vinculaciones con las instancias determinantes del partido ni del gobierno; no era miembro del partido, ni ne había manifestado políticamente en ninguna forma. Era pues dudoso que, allí donde se concentraba el poder político, fuera yo escuchado respecto de aquello que se me iba revelando, poco a poco, como una necesidad y como una misión. Pero también era incierto hasta qué punto podía salir de la universidad misma el deseo de ponerse en marcha para encontrar y configurar, más originariamente, su propia esencia -tarea que yo había ya expuesto públicamente en mi lección inaugural del verano de 1929.

En las frases introductorias de la lección inaugural "¿Qué es metafísica?" e dice lo siguiente: "*Nosotros* preguntamos, *aquí* y *ahora*, para *nosotros*. Nuestra existencia en la comunidad de investigadores, profesores y estudiantes

Martin HEIDEGGER, "Das Rektorat 1933/34. Tatsachen und Gedanken", en *Die Selbstbehauptung der deutschen Universität. Das Rektorat 1933/34*. Frankfurt-am-Main, Vittorio Klostermann, 1983 (21-45). Editado por Hermann Heidegger. Traducido del alemán para *Areté* por Nicole Blondel Parfait. Revisión del castellano por José León, Federico Camino y Rosemary Rizo-Patrón.

está determinada por la *ciencia*. ¿Qué de esencial sucede con nosotros en el fondo de la existencia, cuando la ciencia se convierte en nuestra *pasión*? —Los dominios de las ciencias se encuentran muy separados. La manera de tratar sus objetos es fundamentalmente diferente. Esta diversidad disgregada de disciplinas se sustenta solamente por la organización técnica de las universidades y facultades, y no conserva una unidad de significación más que por la determinación práctica de las metas de las especialidades. El enraizamiento de las ciencias en su fundamento esencial, en cambio, ha desaparecido". Esta conferencia ya estraba traducida en 1933 al francés, italiano, español y japonés.

Por todas partes podía saberse lo que yo pensaba sobre la universidad alemana y lo que consideraba como su necesidad más urgente. Debía renovarse ella misma desde el fondo de su esencia que es justamente el fondo esencial de las ciencias, vale decir, desde la esencia de la verdad y, en lugar de aferrarse a una pseudo-unidad técnica de carácter organizativo e institucional, debía recobrar la unidad originaria viviente de aquellos que preguntan y de aquellos que saben.

En 1930 hablé sobre la esencia de la verdad en una conferencia que repetí, incluso, en varios lugares de Alemania hasta 1932, y que era conocida gracias a múltiples retranscripciones. La conferencia fue publicada recién en 1943. Durante esa misma época, dicté un curso de dos horas semanales sobre el concepto griego de verdad, en vistas a una interpretación de la alegoría de la caverna de Platón. Repetí este curso durante mi rectorado en el invierno de 1933-1934, completándolo luego con un seminario (que tuvo una gran acogida) sobre "Pueblo y Ciencia". La interpretación de la alegoría de la caverna de Platón apareció impresa en 1942 en el "Anuario para la tradición espiritual II" bajo el título "*La doctrina platónica de la verdad*". Toda mención o discusión de este artículo fue prohibida por orden del partido, así como también la impresión de separatas y su colocación en librerías.

Lo que me hizo vacilar hasta el último día de asumir el rectorado fue el saber que, con mi proyecto, yo entraría necesariamente en conflicto tanto con lo "nuevo" como con lo "antiguo". Lo "nuevo" se presentaba, entre tanto, bajo la forma de la "ciencia politizada", cuya / idea se basa en una adulteración de la esencia de la verdad. Lo "antiguo" consistía en el empeño por mantenerse dentro de la "especialidad", promover su progreso y hacerla útil para la enseñanza, recusando toda meditación sobre sus fundamentos esenciales como filosófica y abstracta o, por lo menos, tolerándola sólo como adorno exterior, pero no como meditación que ha de ser realizada para así—*a partir de esa realización*— pensar y pertenecer a la universidad.

Existía entonces el peligro de que mi intento fuese combatido tanto por lo "nuevo" como por lo "antiguo", que además se encontraban en mutua oposición, y fracasara. Lo que sí no veía *todavía* ni podía esperar, al asumir el rectorado, es lo que sucedió en el curso del primer semestre: que lo nuevo y lo antiguo se pusieran finalmente de acuerdo para paralizar mis esfuerzos y para, a fin de cuentas, eliminarme.

A pesar de la doble amenaza a mi aspiración de instaurar en su origen la esencia de la universidad, me decidí finalmente a aceptar el cargo ante la insistencia de numerosos colegas de la universidad —en particular del destituido rector, von Möllendorff, y del anterior rector, Sauer, vicerrector en ese entonces—, sobre todo teniendo en cuenta la posibilidad, utilizada como argumento por el canónigo Sauer, de que en caso de que yo me negara, le fuera impuesta a la universidad cualquier persona como rector desde afuera.

Así pues, lo que en suma me determinó a aceptar el rectorado son los puntos siguientes:

1. Veía en esa época, en el movimiento llegado al poder, una posibilidad de unir y renovar al pueblo desde el interior y un camino para encontrar su determinación histórica y occidental. Creía que la universidad, renovándose por sí misma, podría a su vez ser llamada a contribuir decisivamente en la unión interna del pueblo dándole su orientación.
2. Es por eso que veía en el rectorado una posibilidad de conducir a todas las fuerzas capaces —sin tener en cuenta su pertenencia o no al partido / ni a su doctrina— a la prioridad de la meditación y de la renovación, y de reforzar y asegurar la influencia de esas fuerzas.
3. De esta manera, esperaba poder hacer frente al surgimiento de personas inapropiadas y a la preponderancia amenazante del aparato partidario y su doctrina.

El hecho es que ya entonces se activaba terriblemente mucha mediocridad e incapacidad, mucho oportunismo y envidia. Pero era para mí, ante la situación general de nuestro pueblo, una razón de más para intentar hacer entrar en juego las fuerzas vivas y los objetivos esenciales. Ciertamente, era más cómodo permanecer al margen, desdeñando a "esa gente", y —sin considerar la situación histórica de occidente— elogiar lo ocurrido hasta entonces. Cómo yo, veía la situación histórica en esa época, podría quedar sugerido por el siguiente dato. En el año 1930 se publicó el ensayo de E. Jünger sobre "La movilización total"; en este ensayo se anunciaban ya los lineamientos de su libro de

1932, "El trabajador". En un círculo restringido con mi asistente de ese entonces, Brock, discutimos esos textos intentando mostrar cómo se expresaba en ellos una comprensión esencial de la metafísica de Nietzsche, en la medida en que en el horizonte de esta metafísica la historia y el presente de occidente están contempladas y previstas. Reflexionando a partir de estos escritos y, más esencialmente aún, a partir de sus fundamentos, pensábamos lo venidero, es decir, tratábamos al mismo tiempo de enfrentarlo y de explicarlo. Muchas otras personas en ese entonces leyeron también estos textos; pero fueron dejados de lado, junto con muchas otras cosas interesantes que también se leían, y no fueron comprendidos en sus alcances. Durante el invierno de 1939-1940, con un círculo de colegas, volví a ocuparme de algunas partes del libro de Jünger, "El Trabajador", y pude constatar cómo estas ideas parecían, todavía entonces, extrañas y desconcertantes —hasta que fueron "confirmadas" por los hechos. Lo que piensa Ernst Jünger en sus reflexiones sobre la dominación y la figura / del trabajador y lo que él ve a la luz de esta reflexión, es la dominación universal de la voluntad de poder dentro de la historia considerada desde un punto de vista planetario. En esta realidad está hoy comprendido todo, sea que se llame comunismo, fascismo, o democracia mundial.

A partir de esta realidad de la voluntad de poder veía yo ya entonces lo que es. Esta realidad de la voluntad de poder, en el sentido de Nietzsche, se deja expresar también en la frase: "Dios ha muerto". Esta frase la he citado por razones esenciales en mi discurso de rectorado. No tiene nada que ver con la afirmación de un ateísmo ordinario. Significa lo siguiente: el mundo suprasensible, y en particular el mundo del Dios cristiano, ha perdido toda su fuerza actuante en la historia (cf. mi conferencia de 1943 sobre la palabra de Nietzsche "Dios ha muerto"). Si no fuese así, ¿hubiese sido posible la primera guerra mundial? Y más aún, si fuese de otra manera, ¿hubiese podido siquiera ser posible la segunda guerra mundial?

¿No había, así, suficiente fundamento y necesidad esencial para —en una meditación original— proyectar nuestro pensamiento hacia una superación de la metafísica de la voluntad de poder? Es decir, ¿para iniciar undebate (*Auseinandersetzung*) con el pensamiento occidental partiendo de un retorno a su inicio? ¿No había acaso suficiente fundamento y necesidad esencial para, con miras a esta meditación sobre el espíritu de occidente, intentar despertar en nosotros y crear para nosotros, alemanes, ese lugar considerado como la sede del saber y del conocimiento: la universidad alemana?

Es cierto que, frente al curso de la historia, el argumento que empieza con estas palabras: "Qué hubiera sucedido si... y si no...", es siempre arriesgado. Pero, aún así, se puede plantear la pregunta: ¿qué hubiera ocurrido y qué se

hubiera evitado si, hacia 1933, todas las fuerzas vivas se hubieran puesto en marcha para purificar y moderar lentamente, en íntima solidaridad, el "movimiento que acababa de subir al poder"?

/ Es cierto que se sobrepasa siempre la medida cuando son hombres los que calculan y atribuyen culpas a los hombres. Pero si se trata de buscar culpables y si se mide la culpa, ¿no hay acaso también una culpa por omisión esencial de dejar pasar la ocasión? ¿Por qué aquellos que, ya entonces, tenían tal don profético que veían venir todo tal como vino —no era yo tan sabio— esperaron casi diez años para reaccionar contra esta desgracia? ¿Por qué ya en 1933, justamente aquellos que pretendían saber, no se pusieron en marcha para encaminar todo, desde su base, hacia el bien?

Es cierto que la unión de todas las fuerzas vivas hubiera sido difícil, y difícil también la lenta adquisición de influencia sobre la totalidad del movimiento y sobre su posición de poder, pero no más difícil que aquello que, como consecuencia, tuvimos que soportar.

Con la aceptación del rectorado me había yo atrevido a hacer el intento de rescatar lo positivo, a purificarlo y a fortalecerlo.

No fue nunca mi propósito poner en práctica doctrinas de partido solamente y actuar conforme a la "idea" de una "ciencia politizada". Estaba asimismo poco animado a defender solamente lo que hasta entonces había ocurrido, a nivelarlo todo y mantenerlo en la mediocridad mediante meras intermediaciones y compensaciones. Para ello, y según mi clara convicción, había demasiadas cosas esenciales en juego, que sobrepasaban de lejos todo aquello que concernía a la universidad.

Pero también me era claro que, ante todo, debían ser acentuadas y apoyadas las posibilidades positivas que veía yo entonces en el movimiento, a fin de preparar una unión, fundada en la realidad y no simplemente circunstancial, de todas las fuerzas vivas. La simple e inmediata oposición no hubiera correspondido a mi convicción de ese entonces (que no fue nunca la fe en un partido), ni hubiese sido inteligente.

En lo que concierne a mi actitud fundamental durante el rectorado, conviene fijar lo siguiente, como puntos de referencia:

1. Ningún órgano del partido me/ solicitó nunca ningún consejo político; tampoco yo busqué tal colaboración.

2. Por lo demás, no mantuve nunca relación alguna, personal o política, con funcionarios del partido.

La intención y la actitud de mi rectorado están expresadas en el discurso del rectorado de mayo de 1933.

Sin embargo, como es el caso con cada palabra hablada, todo depende aquí, en última instancia, de la interpretación y de la disponibilidad a comprometerse en lo esencial y a mantenerlo a la vista. El punto central del discurso de rectorado, reconocible tan sólo por su amplitud, es la presentación de la esencia del saber y de la ciencia —esencia sobre la cual debe estar basada la universidad— y en cuya base ella misma, en tanto universidad alemana, debe afirmarse en su esencia. El servicio del saber aparece nombrado en tercer lugar al lado del servicio del trabajo y del servicio de la defensa, no porque les esté subordinado, sino porque el saber es lo verdadero y lo supremo en lo cual se concentra la esencia de la universidad y, por consiguiente, la meditación. En lo concerniente al servicio del trabajo, nombrado en primer lugar, sea permitido recordar que ese "servicio" había surgido y tomado forma mucho antes de 1933 a partir de la urgencia de los tiempos y de la voluntad de la juventud. En cuanto al "servicio de la defensa", no lo he nombrado ni en un sentido militarista ni amenazante, sino que lo he pensado como defensa en caso de legítima defensa.

El punto central del discurso de rectorado está dedicado a aclarar la esencia del saber, de la ciencia y del ejercicio de una profesión formada por esa ciencia. En cuanto al contenido, merecen ser destacados cuatro puntos capitales:

1. El fundamento de las ciencias en la experiencia del ámbito esencial de sus áreas específicas.
2. La esencia de la verdad como "dejar ser" al ente como es.
3. La conservación de la tradición del inicio del saber occidental en el mundo griego (cf. mi curso de dos horas / semanales del semestre de verano de 1932: "El inicio de la filosofía occidental").
4. Conforme a ello, la responsabilidad occidental.

En todo esto hay una recusación categórica de la idea de una "ciencia politizada", proclamada por el nacional-socialismo, como una doctrina más burda basada en la interpretación de Nietzsche de la esencia de la verdad y del conocimiento. Por lo demás, en el discurso aparece claramente expresado el rechazo a la idea de una "ciencia politizada".

La actitud de la meditación y del cuestionamiento se basa en la "lucha". Pero, ¿qué significa "lucha" en el discurso? Si lo esencial de la meditación se retrotrae a la ἐπιστήμη griega, es decir, a la ἀλήθεια, se puede también suponer que la esencia de la "lucha" tampoco se puede presentar arbitrariamente. La "lucha" está pensada en el sentido que le da Heráclito en el fragmento 53. Pero, para entender este aforismo, a menudo citado y a menudo también malentendido, cabe primeramente considerar dos cosas que he mencionado con suficiente frecuencia en mis cursos y seminarios:

1. La palabra πόλεμος, con la que empieza el fragmento, no significa "guerra", sino lo que significa la palabra ἔρις, utilizada por Heráclito en el mismo sentido. Pero esto quiere decir "disputa", no en el sentido de querrela, altercado o simple desacuerdo, aún menos como utilización de la violencia y derribamiento del adversario, sino como una mutua explicación (*Aus-einander-setzung*) conformada de tal manera que, en ella, la esencia de quienes se explican se exponga al otro, mostrándose así y accediendo al aparecer, es decir, en griego: a lo no-oculto y verdadero. Dado que la lucha es, reconociendo cada uno al otro, exponerse a lo esencial en el discurso que ubica el cuestionamiento y la meditación, por ello en la lucha se habla constantemente del "hecho de estar expuesto" ("*Ausgesetztheit*"). El aforismo mismo certifica con toda claridad que lo expresado va en la misma dirección que el aforismo de Heráclito. Pero hay que tener en cuenta un segundo punto.
2. No sólo no está permitido pensar en πόλεμος como guerra, / y la frase "la guerra es la madre de todas las cosas" pretenderla de Heráclito y, aún más, utilizarla para proclamar a la guerra y la batalla como el principio más alto de todo ser, justificando así filosóficamente el espíritu guerrero.

Debemos, ante todo y al mismo tiempo, considerar que el aforismo de Heráclito (en su versión usual) falsifica todo, porque en esa cita incompleta el aforismo "entero" está trunco y, con ello, mutilado lo esencial. El aforismo, en su forma integral, dice:

"El debate es, en verdad, la semilla de todo, también de todo (y ante todo) lo más alto —lo que salvaguarda— y, en verdad, por esta razón deja a unos mostrarse como dioses y a otros como hombres, porque deja a unos ir adelante en lo abierto como siervos, a otros como hombres libres".

La esencia del πόλεμος yace en δεικνύουσι, mostrar, y en ποιεῖν, producir, que en griego viene a ser un ponerse abiertamente a la vista por delante.

Esta es la esencia de la "lucha" filosóficamente pensada, y lo dicho en el discurso está pensado sólo filosóficamente.

Esta meditación que se expone y se desarrolla en el ámbito de la esencia, debe cumplirse en toda ciencia, pues de lo contrario queda como "ciencia" sin saber. A partir de tal meditación sobre el conjunto de las ciencias, se encamina la universidad a sí misma y, por ella misma, hacia el fundamento de su esencia que sólo es accesible al saber que ella cultiva. Es por eso que la esencia de la universidad no puede quedar determinada desde alguna otra cosa, desde la "política" o desde cualquier otra determinación de objetivos.

Conforme a esta concepción fundamental y a esta actitud fundamental, el discurso lleva por título: "La auto-afirmación de la universidad alemana". Fueron muy pocos los que entendieron claramente lo que ya este título, por sí mismo, significaba en el año 1933; porque sólo unos pocos entre aquellos a quienes esto concernía se tomaron la molestia de pensar a fondo lo que se decía con toda claridad, sin prejuicios y sin dejarse obnubilar por las habladurías.

Se puede sin duda actuar de otra manera. Puede uno liberarse del esfuerzo de pensar nuevamente y atenerse a la opinión más a la mano, según la cual, poco tiempo después de la toma del poder por el / nacional-socialismo, un rector recién elegido pronuncia un discurso sobre la universidad que "representaba" "al" nacional-socialismo, es decir, proclama la idea de la "ciencia politizada", la cual significa, dicho burdamente: "es verdadero lo que es útil al pueblo". De allí se concluye, con todo derecho ciertamente, que la esencia de la universidad alemana queda denegada en su punto central, y que se está trabajando en su destrucción; por tal motivo, el título del discurso debiera haber sido "La auto-decapitación de la universidad alemana". *Se puede* proceder de esa manera si se dispone de suficiente incomprensión e incapacidad para meditar, si se aporta suficiente complacencia y evasión en palabrerías y suficiente dosis de malevolencia.

Se puede proceder tan irresponsablemente al interpretar el discurso; pero entonces no debe presentarse como alguien que se sabe responsable del espíritu y la salud de la universidad alemana. Pues pensar tan superficialmente y charlar sin saber de qué se habla se adecúa tal vez a métodos políticos, pero contradice el más íntimo espíritu de la objetividad del pensamiento, cuyo espíritu uno justamente pretende tener la obligación de salvar.

El discurso no fue comprendido por aquellos a quienes concernía, ni en su contenido ni en relación a aquello que el discurso expresa, es decir, como lo que, durante mi ejercicio del cargo, me dio el hilo conductor para distinguir lo que era esencial de lo que era menos esencial y solamente exterior.

El discurso y, con él, mi actitud fueron menos comprendidos aún por el partido y las instancias dirigentes; pero sí fue "percibido" en la medida que enseguida se olfateó la oposición... Luego de la cena de rectorado de ese mismo día, el ministro Wacker me comunicó su "opinión" sobre el discurso que había escuchado.

1. Se trataba de una especie de "nacional-socialismo privado" que eludía las perspectivas del programa del partido.
2. Ante todo, el conjunto no estaba edificado sobre la idea racial.
3. No le era posible aceptar el rechazo de la "ciencia politizada", aunque tenía que conceder que esta idea no estaba todavía suficientemente fundamentada en razón.

Esta toma de posición del ministro no carecía de significación, ya que fue dado a conocer inmediatamente a los camaradas del partido, al entonces jefe estudiantil del distrito, Scheel, al profesor de medicina doctor Stein, y también a Kriek en Frankfurt. Estos tres personajes, por lo demás, dominaban desde el principio el Ministerio de Educación Pública en Karlsruhe y tenían totalmente en sus manos al consejero ministerial encargado de los asuntos universitarios, Fehrle, que era un hombre inofensivo y bonachón.

Poco tiempo después de la ceremonia del rectorado, al encontrarme presente en el ministerio, se me comunicó lo siguiente: 1. que, en adelante, la presencia del arzobispo en tales ceremonias no era ya deseada; 2. que mi discurso en el banquete posterior a la ceremonia del rectorado constituía un paso en falso pues había resaltado innecesariamente la figura de mi colega Sauer, de la facultad de Teología, al subrayar lo que le debía por mi formación científica y académica.

Que tales cosas fuesen traídas a colación en el ministerio, en general, no sólo era característico de la actitud del mismo, sino que manifestaba por otro lado que no había ningún interés en comprometerse en el esfuerzo que yo, antes de toda querrela o disensión, me esforzaba por lograr en favor de la renovación interna de la universidad.

Antes de que esto ocurriese, yo ya había desempeñado mis funciones por algunas semanas. Mi primer acto oficial, el segundo día de rectorado, fue mi prohibición de colocar el "afiche contra los judíos" en cualquiera de los ambientes de la universidad. Este afiche ya había sido colocado en casi todas las universidades alemanas. Yo declaré al jefe estudiantil que, mientras yo fuese

ector, este afiche no encontraría cabida dentro de la universidad. El dirigente estudiantil se alejó entonces con sus dos acompañantes, dejándome saber que comunicaría esta prohibición a la dirigencia estudiantil del *Reich*. Ocho días después, más o menos, hubo una llamada telefónica de la oficina encargada de las universidades ante la dirección suprema de los S.A.: a través de un / tal doctor Baumann, jefe de grupo S.A., exigía la colocación del afiche contra los judíos. En caso de negarme, sería destituido e, incluso, cerrarían la universidad. Persistí en mi negativa. El ministro Wacker declaró que no podía hacer nada contra los S.A., estos últimos desempeñaban entonces el papel que tomaron luego los S.S.

El incidente mencionado no fue más que el signo precursor de una situación que se hizo cada vez más evidente en el transcurso de mi año de rectorado: los grupos políticos de presión y las comunidades de los más diversos intereses, se inmiscuían en los asuntos de la universidad exigiendo y reclamando; el ministerio, por su lado, desempeñaba un papel secundario, ocupado como estaba en asegurar su independencia frente a Berlín. Por todas partes no había más que luchas por el poder, mostrando sus protagonistas interés por la universidad sólo porque esta institución, y el cuerpo estudiantil y docente, constituían factores de poder. Por otra parte, los grupos profesionales de médicos, jueces y profesores, presentaban exigencias políticas y pedían que se apartara a los profesores sospechosos o a aquellos que los incomodaban.

Esta atmósfera de confusión general no ofrecía ninguna posibilidad para emprender, ni siquiera para dar a conocer, las tareas que sólo a mí me tocaban y para las cuales yo había asumido la función: meditar sobre la actitud del saber y la esencia de la enseñanza. El semestre de verano pasó, desperdiciado en discusiones sobre cuestiones personales e institucionales.

Lo único provechoso, aunque sólo en sentido negativo, fue que en la "campana de depuración", que amenazaba a menudo con desbordar sus objetivos y sus límites, pude impedir injusticias y perjuicios a la universidad y al cuerpo de colegas.

Este trabajo puramente preventivo no dejó translucir sus efectos; por otra parte, era inútil que los colegas se enteraran de lo que ocurría. Ciertos colegas muy considerados y estimados / de las facultades de derecho, de medicina y de ciencias, se hubieran asombrado de haber oído el destino que se les reservaba.

En las primeras semanas de mi actividad rectoral se me hizo saber que el ministro concedía importancia a que los rectores pertenecieran al partido. Un

día, el director distrital, el doctor Kerber, su suplente y un tercer miembro de la dirección, hicieron su aparición en el rectorado para invitarme a entrar en el partido. Acepté la invitación, yo que nunca había pertenecido anteriormente a ningún partido político, únicamente en interés de la universidad, la cual no tenía peso ni fuerza alguna en el juego político. Pero acepté solamente bajo la condición expresamente reconocida que no tendría nunca, ni como persona ni mucho menos como rector, que cumplir función alguna en el partido ni ejercer en él una actividad cualquiera. Me atuve a esta condición, lo cual no era nada difícil, ya que después de mi dimisión a principios de 1934 iba a ser considerado políticamente sospechoso y a ser vigilado cada vez más con el transcurso de los años.

La entrada al partido quedó como mera formalidad; la dirección del partido no pensaba consultarme sobre asuntos universitarios, culturales o pedagógicos. Durante todo mi rectorado no participé jamás en consejo alguno ni en discusión alguna, menos aún en alguna toma de decisión de la dirección del partido o de sus diferentes órganos. La universidad seguía siendo poco segura, pero querían al mismo tiempo utilizarla para fines de propaganda cultural.

En cuanto a mí, estaba cada día más ocupado con cosas que, en vista de mi propio provecho, sólo podía considerar como insignificantes. Perdía no solamente todo interés en despachar formalmente los asuntos ordinarios; era además inexperto, ya que hasta ese día había rechazado toda función administrativa —lo que hacía de mí un novato. A esto se agregaba por desgracia el hecho de que el secretario general ejercía sus funciones desde hacía poco y no tenía pues experiencia en asuntos universitarios. Hubo así muchas cosas hechas de manera insuficiente, errónea, imprudente. Sólo esto aparentemente fue lo que preocupó a los colegas. El discurso de rectorado había sido pronunciado en vano; al día siguiente de la ceremonia había sido olvidado. Nunca durante toda la juración del rectorado me vino de parte de algún colega siquiera un esbozo de conversación sobre el discurso. Se movían como desde hacía decenios en los viejos hábitos de la política universitaria.

Toda esta confusión y la preeminencia de lo no esencial que se revelaba habrían sido soportables si no se hubieran anunciado, cada vez más claramente, en el transcurso del semestre de verano de 1933, dos peligros para la universidad.

Con ocasión de una conferencia sobre la esencia de la ciencia pronunciada en la universidad de Heidelberg, supe por el doctor Stein y por Scheel de la existencia de planes en vistas a cambiar la atribución de varias cátedras en Friburgo. La universidad debía contar con miembros seguros del partido, lo que

haría posible nombrar como decanos a miembros del partido. Se pretendía que primeramente, en este asunto de cubrir las cátedras, no contara tanto el peso científico de los individuos o sus capacidades universitarias sino su seguridad política y su fuerza de penetración activista. De estos propósitos y proyectos resultaba nuevamente que la influencia de Krieck desde Frankfurt tomaba fuerza tanto en Heidelberg como en Karlsruhe. Justamente en Karlsruhe se me hizo notar que ya era intolerable dejar más tiempo en función a los decanos de entonces. Las facultades necesitaban una "dirección nacional-socialista". Se trataba pues, para prevenir esta amenaza que se cernía sobre la esencia misma de la universidad, de actuar con discernimiento.

El otro peligro venía del exterior, como también se podía reconocer en una conferencia de rectores en Erfurt, en el semestre de verano. Consistía en el intento para dejar / que toda la actividad magisterial de las facultades fuese determinada por los cuerpos profesionales de médicos, jueces y profesores, con sus exigencias y necesidades, y así fragmentar definitivamente a la universidad en escuelas especiales. No solamente la unidad interna de la universidad, sino también el tipo fundamental de enseñanza universitaria, se veían amenazados —precisamente aquellas cosas que yo intentaba salvar por medio de una renovación y por lo que únicamente yo había aceptado el rectorado.

Traté de enfrentarme a ambos peligros, el de Heidelberg y el de la tendencia a la especialización, proponiendo un cambio en la constitución universitaria. Esta tenía por objeto hacer posible el nombramiento de decanos de tal manera que la esencia de las facultades y la unidad de la universidad pudieran ser salvadas. El motivo de este cambio de constitución no era de ninguna manera un arrebato de activismo revolucionario e innovador, sino más bien el lúcido temor a los peligros que acabo de nombrar —peligros en ningún modo imaginarios respecto a la repartición y al juego de las fuerzas políticas.

En el seno de la universidad, cuya idea fija se volvía cada vez más la conservación de lo que se había llevado a cabo hasta ese momento, el cambio de constitución fue tomado en cuenta sólo desde un punto de vista institucional y jurídico; asimismo el nombramiento de los nuevos decanos no fue examinado más que desde el punto de vista estrecho de favoritismos y postergación de personas.

Para el semestre de invierno 1933-1934 nombré decanos a colegas que, no solamente a mi parecer sino según la opinión general, tenían renombre en el mundo científico y en su propia disciplina y que, al mismo tiempo, ofrecían, cada uno a su manera, la garantía de promover el espíritu de la ciencia en el centro de su trabajo universitario. Ninguno de los decanos era miembro del

partido. La influencia de los funcionarios del partido se vio así cortada. Quedaba la esperanza de conservar una tradición de espíritu científico en las facultades, incluso vivificarla.

Pero no fue así. Las esperanzas se frustraron. Todos los esfuerzos por lo esencial se revelaron vanos.

Un signo precursor muy característico de lo que sería el semestre del invierno 1933-1934 / fue el "Campo de Todtnauberg". Tenía por objeto preparar a profesores y estudiantes al trabajo del semestre venidero y darme la ocasión de elucidar, poniéndola en discusión, mi concepción de la esencia de la ciencia y del trabajo científico.

La selección de los participantes a este campo no dependió de la pertenencia o no al partido o de la militancia en el sentido del nacional-socialismo. Luego que el programa de ese campo fue conocido en Karlsruhe, no tardó en manifestarse de parte de Heidelberg el deseo de enviar también algunos participantes; Heidelberg se puso de acuerdo sobre este punto con Kiel.

Por intermedio de una conferencia sobre el tema "Ciencia y Universidad" intenté aclarar la parte central del discurso de rectorado y de presentar de manera más penetrante la tarea de la universidad, teniendo en cuenta los peligros mencionados antes. Esto derivó en conversaciones fructíferas en los diferentes grupos sobre: saber y ciencia, saber y creencia, creencia y concepción del mundo. En la mañana del segundo día llegaron de pronto en automóvil, sin hacerse anunciar, Scheel, jefe estudiantil del distrito, y el doctor Stein, quienes se pusieron a hablar enérgicamente con los participantes venidos de Heidelberg. La "función" de estos últimos se hacía paulatinamente más clara. El doctor Stein solicitó dictar él mismo una conferencia. Habló sobre las razas y el principio racial. Los participantes asistieron a la conferencia pero no hicieron mayor caso. El grupo llegado de Heidelberg tenía como misión sabotear el campo. En verdad no se trataba del campo sino de la misma universidad de Friburgo cuyas facultades seguirían siendo dirigidas por gente que no era miembro del partido. Siguieron incidentes molestos, a veces incluso penosos, que sin embargo debí soportar si no quería ver fracasar todo el futuro semestre de invierno. Tal vez hubiera valido mejor presentar mi dimisión a partir de ese instante. Pero en ese momento no tuve en cuenta un elemento que no tardó en manifestarse, y que consistió en la agudización de la hostilidad, tanto por parte del ministro / del grupo de Heidelberg que tenía poder sobre él, como por parte de los colegas de la universidad.

A pesar de que el ministro estuvo de acuerdo, al menos formalmente, con el nombramiento de los nuevos decanos, halló extraño no solamente que

esas funciones no recayesen en miembros del partido sino sobre todo que me hubiera atrevido a nombrar como decano de la facultad de medicina precisamente al hombre que él había estimado indeseable como rector seis meses antes y al que había destituido. Además, una exigencia emanaba con insistencia cada vez mayor del ministerio: que se trate la puesta en aplicación del principio de la "ciencia politizada" con mucha mayor seriedad de lo que se había llevado a cabo hasta entonces en la universidad de Friburgo.

Lo sorprendente entonces es que, en varias ocasiones en el transcurso del semestre de invierno, se me advirtió por parte del círculo de la facultad de derecho como del de medicina que convendría cambiar a los decanos y reemplazar a los colegas von Möllendorff y Wolf por otros. Me explicaba yo esos proyectos como disensiones y rivalidades internas entre las dos facultades y no presté mayor atención. Hasta que al final del invierno, terminando casi el semestre 1933-1934, fui convocado a Karlsruhe donde en presencia del jefe estudiantil del distrito, Scheel, el consejero ministerial Fehrle me notificó que el ministerio deseaba verme relevar de sus puestos a los dos decanos von Möllendorff y Wolf.

Aclaré de inmediato que no haría eso en ningún caso y que no podía tomar ni en el aspecto personal ni en cuanto al fondo del asunto la responsabilidad de tal cambio de nombramiento. Agregué que, en caso de que el ministro persistiera en pedírmelo, no me quedaría más que dimitir del rectorado en señal de protesta contra ese ultimatum. El señor Fehrle me dijo entonces que, sobre todo en el caso de mi colega Wolf, era también el deseo de la facultad de derecho ver el decanato ocupado por otra persona. A lo cual declaré que dimitía y solicité una entrevista con el ministro. Mientras yo decía esto, un rictus maligno cruzó el rostro del jefe / estudiantil del distrito, Scheel. Habían pues alcanzado, por ese medio, el objetivo deseado. Pero se había hecho evidente que ciertos clanes en la universidad, que no dejaban de manifestar su aversión frente a todo lo que se pareciera al nacional-socialismo, no tenían escrúpulos de conspirar con el ministerio y el grupo que lo manipulaba para instigarme a dimitir.

Durante la entrevista con el ministro —que aceptó de inmediato mi dimisión— fue claro que un desacuerdo insuperable separaba la interpretación nacional-socialista de la universidad y de la ciencia, de la mía. El ministro declaró que no deseaba sin embargo que esta oposición, que se basaba sin duda en la incompatibilidad de mi filosofía con la concepción del mundo nacional-socialista, se convirtiera en conflicto entre la universidad de Friburgo y el ministerio. Respondí que esa no era mi intención, ya que la universidad y el ministerio se habían mostrado mutuamente de total acuerdo y que no tenía ningún deseo de hacer hablar de mí debido a un conflicto. El ministro respondió que me

estaría permitido actuar como me pareciese mejor, una vez que hubiera dimitido discretamente del rectorado.

Lo hice, pues, así, rehusándome a tomar parte en la ceremonia de transmisión del rectorado, como es costumbre para el rector saliente, y no realizando el informe de las actividades. Este rechazo fue comprendido como tal en la universidad y por supuesto no fui invitado a ninguna consulta del consejo universitario, como es costumbre con un antiguo rector y como siempre se ha hecho antes y después de mí. Por otra parte, no esperé nunca ser invitado.

A partir de abril de 1934, viví fuera de la universidad en cuanto no interviniera en sus "asuntos"; por el contrario, intenté atenerme, en la medida de mis fuerzas, a lo estrictamente necesario de mis obligaciones magisteriales. Pero en los años siguientes la enseñanza también fue más un diálogo del pensamiento esencial consigo mismo. Tal vez ello afectó y despertó a pesar de todo a ciertas personas, aquí o allá, pero no pudo configurarse en una estructura / vida de un comportamiento determinado, de donde nuevamente pudiera haber surgido, a su vez, algo original.

El rectorado de 1933-1934, acontecimiento insignificante en sí mismo, es sin duda un síntoma de la situación metafísica de la ciencia en cuanto a su esencia, que ya no puede ser determinada por intentos de renovación; pues el cambio esencial, que la transforma en sólo técnica, ya no puede ser detenido. Esto es lo que aprendí a conocer recién en los años que siguieron (cf. "La fundación de la imagen moderna del mundo a través de la metafísica"). El rectorado fue un intento por ver dentro del "movimiento" llegado al poder, más allá de sus insuficiencias y groserías, un elemento con mayores alcances y que pudiera tal vez aportar algún día una reconcentración sobre la esencia occidental e histórica de lo que es alemán. No puedo negar que entonces creía yo en tales posibilidades y que por eso renuncié al oficio propiamente dicho de pensar, en favor de una acción administrativa. No debe ser de ninguna manera atenuado lo que ocasionó mi propia insuficiencia en la función. Sin embargo, en esas perspectivas no se alcanza lo esencial, que es lo que me determinó a encargarme de esta función. Las diversas maneras de juzgar este rectorado en el horizonte de la actividad universitaria corriente pueden, a su manera, ser justas y tener razón. Sin embargo nunca logran lo esencial. Y hoy es aún menos posible, que en aquel entonces, abrir los ojos cegados al horizonte de esta esencialidad.

Lo esencial es que nos encontramos en plena culminación del nihilismo; que Dios ha "muerto" y que todo espacio-tiempo para la divinidad quedó epulzado. Pero también que una superación del nihilismo se anuncia en el ensamiento poético y en el canto de lo que es alemán —poesía para la cual

los alemanes desgraciadamente han prestado menos aún sus oídos, porque se empeñan en organizarse según patrones de medida del nihilismo que los rodea, y desconocen la esencia de una auto-afirmación histórica.

Después del Rectorado

Sólo para aquellos a quienes agrada mantener fijos los ojos en lo que —a juicio de ellos— tiene de culpable mi rectorado, aquí está lo que puede ser enumerado. Es en sí mismo tan insignificante como escarbar sin resultado entre intentos y medidas pasadas que, en el movimiento general que es la voluntad de poder planetarizada, son a tal punto inconsistentes que no merecen siquiera ser llamadas una insignificancia.

Sobre las consecuencias posibles de mi dimisión del rectorado no me hacía muchas ilusiones desde la primavera de 1934; después del 30 de junio del mismo año no tenía ya ninguna. Aquel que tomara a su cargo una función dirigente en la universidad podía saber a ciencia cierta, después de esa fecha, con quién se comprometía.

El modo cómo mi rectorado no tardó en ser juzgado por el partido y por el ministerio, el cuerpo docente y estudiantil, se puede leer en el acta publicada por la prensa con ocasión de la investidura de mi sucesor. Éste era, decían, el primer rector nacional-socialista de la universidad de Friburgo, el cual como soldado que había combatido en el frente, garantizaría un espíritu guerrero y ofensivo y su extensión a toda la universidad.

En ese momento comenzó el recelo hacia mi persona. Éste degeneró a veces en concierto de insultos. Para atestiguarlo basta remitirse a las entregas de la revista de E. Krieck, "Volk im Werden", que se publicara por esa época. No hubo ni un sólo número en el cual —en una polémica ciega— no se rebajase directa o encubiertamente mi filosofía. Como decidí ignorar esas maniobras y no me tomé hasta hoy día la molestia de refutarlas, el furor de aquellos a quienes, vista su indignancia, no había yo atacado no hizo más que acrecentarse. Bajo otra forma y por cuenta del ministerio de Rosenberg, Alfred Bäumler confabulaba igualmente en su revista de pedagogía para convertirme en sospechoso. En seguida se acopló la revista de las juventudes hitlerianas, "Voluntad y poder". Mi discurso de rectorado, que entre tanto había sido reimpresso, / se convirtió en objeto privilegiado de polémica en los campos para profesores (testimoniado por H. G. Gadamer, Gerh. Krüger, W. Bröker).

Incluso las pocas conferencias que pronuncié después de 1934, y en círculos puramente científicos, fueron cada vez vilipendiadas de manera odiosa en

el diario local del partido; los dirigentes de la universidad de entonces no se tomaron la molestia de intervenir contra esas maniobras. He aquí las conferencias pronunciadas: "El origen de la obra de arte" (1935), "La fundación metafísica de la imagen moderna del mundo" (1938), "El himno de Hölderlin 'Como en día de fiesta...'" (1941), "Conmemoración de Hölderlin" (1943).

Esas tentativas para reducirme, que se extendieron incluso a mis cursos magistrales, terminaron lentamente por alcanzar su objetivo. Durante el semestre de verano de 1937 un cierto doctor Hancke hizo su aparición en mi seminario. Venía de Berlín. Muy capaz e interesado, comenzó a trabajar conmigo. No tardó en confesarme que le era imposible callar más tiempo que trabajaba bajo órdenes del doctor Scheel, convertido entretanto en jefe del servicio de información que cubría el Sud-oeste. El doctor Scheel le había señalado que mi rectorado era la verdadera razón por la que la universidad de Friburgo no se había plegado a la doctrina nacional-socialista y continuaba a comportarse de una manera tibia. No quisiera atribuirme aquí el mérito. Pero menciono esto únicamente para mostrar cómo el antagonismo iniciado en 1933 persistía, y hasta se acentuaba.

El mismo doctor Hancke me dijo asimismo que en el servicio de información reinaba la idea que yo trabajaba en colaboración con los jesuitas. De hecho, en mis cursos y seminarios, hubo hasta el final miembros de órdenes católicas (en particular jesuitas y franciscanos) del establecimiento friburgués. Estos señores tenían exactamente la misma posibilidad que los demás estudiantes de trabajar conmigo y de progresar gracias a los seminarios. Durante una serie de semestres los padres jesuitas Lotz, Rahner y Huidobro, participaron en mis seminarios de postgrado; estuvieron a menudo en nuestra casa. Basta leer sus escritos para reparar de inmediato en la influencia de mi pensamiento, la cual tampoco fue negada.

Incluso más tarde, las encuestas de la Gestapo se extendieron exclusivamente a los participantes católicos de mi seminario —el padre Schumacher, el doctor Guggenberger y el doctor Bollinger (en relación a la acción emprendida en München por los estudiantes agrupados alrededor de los Scholl; se buscaba un foco de dicha acción en Friburgo en mis clases magistrales).

Ya anteriormente, después de la dimisión del rectorado, se criticaba el hecho que yo autorizara a antiguos alumnos (no arios) a asistir a mis clases.

Es también notorio que mis tres alumnos más capaces —que sobrepasaban largamente el nivel promedio de la nueva generación filosófica— fueron durante años bloqueados en sus ascensos por ser alumnos de Heidegger (Gada-

mer, G. Krüger y Bröker). Estos fueron finalmente propuestos a una cátedra porque no se podía ya eludir su calificación sin que el escándalo se hiciera público.

A partir de 1938 se prohibió mencionar mi nombre en diarios y revistas así como debatir mis escritos, aún cuando algunos podían publicarse en una nueva edición. Finalmente, incluso la reedición de "Sein und Zeit" y del libro sobre Kant fue prohibida a pesar de que los editores disponían del papel necesario.

Aún cuando se trató de hacer hielo y silencio alrededor mío en mi propio país, se intentó al mismo tiempo explotar mi nombre en el extranjero para fines de propaganda cultural y para contratarme a ir a dictar conferencias. Rehusé todas estas propuestas de conferencias y de viajes a España, Portugal, Italia, Hungría y Rumanía; tampoco tomé parte en las conferencias para el ejército organizadas en Francia por la facultad.

En cuanto a la manera cómo se juzgó mi trabajo filosófico y se intentó ponerlo fuera de circulación, tres hechos lo pueden atestiguar:

1. Para el congreso internacional de filosofía en Praga en 1935 yo no formaba parte de la delegación alemana, ni siquiera fui invitado a participar.
2. De igual manera quedé excluido del congreso Descartes en París en 1937. Esta manera de proceder para conmigo causó en París una impresión tan extraña que la dirección del congreso, por propia voluntad y por intermedio del profesor Bréhier de la Sorbona, me preguntó sobre la razón por la cual yo no formaba parte de la delegación alemana.

Durante la guerra se preparó una publicación sobre las manifestaciones de las ciencias del espíritu en Alemania. La sección "Filosofía sistemática" estaba bajo la dirección de Nicolai Hartmann. Con el fin de programar esta empresa, tuvo lugar en Berlín una reunión de tres días a la cual estaban invitados todos los profesores de filosofía excepto Jaspers y yo. No se nos necesitaba, pues con ocasión de esa publicación se había previsto un ataque contra la "filosofía de la existencia", ataque que también se realizó.

Allí también se mostraba, como ya en la época del rectorado, una curiosa tendencia de parte de los adversarios a unirse —a pesar de su mutuo antagonismo— contra todo aquello por lo cual se sentían espiritualmente amenazados y expuestos a críticas.

Sin embargo, incluso estos incidentes son solamente fenómenos fugaces sobre las olas de un movimiento de nuestra historia cuya dimensión no presienten los alemanes, ni siquiera hoy, después que la catástrofe se ha abatido sobre ellos.